



¿LA CONSTRUCCIÓN DE EUROPA DESDE ABAJO? EL ACTIVISMO DE BASE Y LA ESFERA PÚBLICA TRANS-EUROPEA EN LOS AÑOS OCHENTA

Bent Boel

La caída del comunismo en 1989 fue un quiebre en la historia de Europa. Pero lo que fue tomando forma desde 1989 no se construyó sobre una *tabula rasa*. Europa no comenzó de cero con la caída del muro de Berlín. Esto es cierto en muchos aspectos, incluso en lo que concierne a los intercambios entre el Este y el Oeste de Europa. Hubo numerosos contactos antes del fin de la Guerra Fría, lo que muy posiblemente haya tenido que ver con lo ocurrido en 1989. Con seguridad, la “cortina de hierro” dificultó y, en algunos casos, hizo imposible la comunicación entre ambas mitades de Europa. Esto ha sido así en lo que respecta al comercio, la política y la cultura. Los regímenes políticos orientales procuraron especialmente impedir el libre movimiento de personas y el flujo de ideas, además de intentar mantener el control sobre cualquier tipo de comunicación social a través de las fronteras. Sin embargo, la cortina de hierro no fue completamente impermeable. La historiografía reciente ha aportado algunos descubrimientos interesantes acerca de las múltiples formas en las que se logró perforarla antes de 1989¹.

La Distensión de los años sesenta y setenta fue un antecedente importante para el desarrollo de estos acontecimientos, al que contribuyeron también el turismo, los programas radiales, la televisión y el consumismo. Los servicios de inteligencia occidentales, y en particular la CIA, también cumplieron un papel clave. Muchas fueron las personas y grupos que intentaron traspasar las fronteras y establecer contactos en el Este, involucrándose en actividades turísticas de tipo “subversivo”. Algunos de estos contactos se establecieron en los años setenta o incluso con anterioridad. Pero el gran avance se logró en los años ochenta.

En este artículo abordaré dos cuestiones. En primer lugar, intentaré responder la pregunta “¿quién ayudó a los disidentes?”. Es decir, ¿quiénes intentaron establecer contacto con los disidentes? En segundo lugar, discutiré en qué medida dicho apoyo se tradujo en un diálogo entre los activistas de base en Occidente y los disidentes del bloque soviético.

¿Quiénes ayudaron a los disidentes?

Iniciaremos la discusión con el asunto de los disidentes². El término “disidente” se hizo popular en Occidente en los años setenta para hacer referencia a aquellas personas en el Este que criticaban los regímenes comunistas. Sin embargo, la actividad opositora en aquellos

países se inició mucho antes. La muerte de Stalin en 1953 condujo a un período de “des-estalinización” en la Unión Soviética durante el cual quienes pensaban diferente intentaron expresarse, en principio, a través de la literatura. El régimen respondió con represión, lo que desencadenó nuevas iniciativas que condujeron a lo que en los años setenta se conoció como “disidencia”. La “desestalinización” en los años cincuenta también desencadenó la crítica al orden imperante en otros países del Este, de manera más ostensible en Polonia y Hungría, en 1956. Hasta la Primavera de Praga de 1968, muchos críticos esperaban que algunas reformas introducidas por el régimen pudieran crear una suerte de socialismo con “rostro humano”. Sin embargo, luego de la invasión de Checoslovaquia por parte de los aliados del Pacto de Varsovia en agosto de 1968, los disidentes mayormente abandonaron la fe en una reforma del comunismo. Le dieron la espalda al sistema en la búsqueda de una “sociedad paralela” donde fuese posible “vivir en la verdad”. Se debe dejar en claro que la situación en el Este variaba radicalmente. El régimen totalitario de Albania difería significativamente del “cuartel más feliz”, tal como se conocía a Hungría.

La característica que aunaba a todos los disidentes era la defensa de los derechos humanos. Con frecuencia, los disidentes intentaban atraer atención internacional con la esperanza de que ello pudiera otorgarles cierto grado de “protección” de la opresión del régimen. Los contactos internacionales servían para la difusión de los productos de los disidentes tras la cortina de hierro o para la importación de productos como maquinaria para el copiado, plantillas, libros, películas, conferencistas, etc.

¿Quién asistió en Occidente a los disidentes del bloque soviético? En su acepción más amplia, esta pregunta podría responderse de manera muy diferente dependiendo del diagnóstico que cada uno haga sobre el final de la Guerra Fría. Hay quienes sostienen que los partidarios de la política de confrontación política e ideológica hacia la Unión Soviética son quienes deben recibir el crédito por la caída del comunismo y, por ello mismo, merecen ser considerados los mejores amigos de los disidentes. Por otra parte, hay quienes sostienen que fue la política de distensión la que permitió y apresuró la caída del bloque soviético. Una manera diferente de ver la cuestión es examinar con más detenimiento a aquellas personas que ayudaron a la oposición de manera concreta, especialmente quienes cruzaron la cortina de hierro para encontrarse con los disidentes. Este último enfoque no está exento de problemas. Quizá nunca se conozca el ver-

dadero alcance de estos contactos de base ya que fueron a menudo sigilosas acciones de pequeños grupos o individuos que no dejaron ningún rastro escrito, y consiguientemente nunca podrán ser conocidos. Sin embargo, intentaré trazar un boceto de su naturaleza a partir de diez generalizaciones acerca del apoyo que Occidente brindó a los opositores en el bloque soviético durante la Guerra Fría.

En *primer lugar*, el apoyo a los disidentes fue principalmente de carácter no gubernamental. Durante la Guerra Fría, los gobiernos occidentales no querían dar la impresión de estar interfiriendo en los asuntos internos de los países del bloque soviético. Su política oficial se enfocó en la diplomacia silenciosa para resguardar la política de distensión. La cautela y la moderación prevalecieron en los gobiernos de todo el arco político. Cuando las tropas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia, la reacción gubernamental de los países occidentales fue más bien débil. Los líderes políticos en Occidente desestimaron la invasión al considerarla un hecho menor en el camino hacia una política de distensión o directamente desaconsejaron “reacciones exageradas e histéricas”. No hay dudas sobre el hecho de que durante la crisis polaca en los años 1980 y 1981, los gobiernos occidentales vieron con buenos ojos el accionar de Solidarność, pero su mayor temor fue una invasión soviética que hubiera tenido consecuencias devastadoras para las relaciones Este-Oeste y, consiguientemente, consideraron el golpe de estado de Jaruzelski como el menor de los males. Sólo a fines de los años ochenta se volvió común, y casi obligatorio, para los líderes occidentales mantener encuentros con disidentes cuando visitaban países del bloque soviético.

Esta no es, sin embargo, la historia completa. No se debe dejar de mencionar, por ejemplo, el apoyo que los Estados Unidos brindaron a Solidarność en Polonia. Ciertas embajadas de países occidentales tomaron la iniciativa y mantuvieron contactos frecuentes con algunas de las voces más críticas en el bloque soviético. Sin embargo, fueron los actores no gubernamentales quienes tuvieron un mayor contacto directo con los disidentes.

En *segundo lugar*, aquellas personas que se mantuvieron activas en brindar apoyo a los disidentes en Europa Oriental fueron una pequeña minoría. Una de las razones de ello —ampliamente aceptada por todo el espectro político— es que en el mapa mental de la mayoría de los occidentales, Europa del Este era un universo remoto. Por supuesto que esto fue, en gran medida, consecuencia de la cortina de hierro, que obstaculizó el libre movimiento de personas y todo cuanto pudiese ser considerado “subversivo” entre los bloques. También influyó la opinión bastante difundida de que la cortina de hierro había llegado para quedarse, al menos hasta donde se podía prever.

El grado de interés y atención que pudo haber existido por los disidentes de los países del Este fue mayormente barrido de la mesa por la creencia de que: 1) el contacto con los disidentes no era posible (dado que los estados del bloque soviético eran totalitarios); 2) ello no cambiaría nada (dado que la cortina de hierro dependía de la “alta política”, la cual no podía verse influida por los contactos con activistas de base occidentales); o 3) en el peor de los casos, podría llegar a ser contraproducente (ya que corría el riesgo de derivar en sanciones contra los disidentes y en el fortalecimiento de los promotores de una línea dura en el Este).

A estas consideraciones generales se pueden añadir algunas más específicas. En lo que respecta a los partidos de centro-derecha,

en términos generales, éstos no tenían una arraigada tradición de acciones solidarias internacionales a nivel de militancia básica. En algunos sectores de la izquierda no comunista que no profesaban gran simpatía por los dictadores del Este, diferentes factores (ideas anti-capitalistas, anti-imperialistas, oposición al anti-comunismo y elementos compartidos en la historia ideológica, referencias, retórica y simbolismos) creaban, sin embargo, una sensación de cierta ambivalencia en sus vínculos con los países del Este. Un factor clave en esta ambivalencia fue la percepción del rol progresista de la Unión Soviética a nivel internacional (como contrapeso de los Estados Unidos y, en especial, como apoyo a movimientos de liberación nacional tales como el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica). Finalmente, es posible que haya tenido una fuerte influencia la percepción de que su deber moral fuese, ante todo, criticar los crímenes cometidos por la “propia familia” (i.e., Occidente) —y que, además, posiblemente hubiera mejores perspectivas de ser escuchados allí que en el Este. Desde ese punto de vista, la realidad en Vietnam, en la España de Franco, en Turquía (país miembro de la Organización del Tratado del Atlántico Norte) y en numerosas dictaduras en América Latina que gozaban del apoyo de los Estados Unidos se percibía más cercana a Europa Occidental que, por ejemplo, Polonia.

En *tercer lugar*, el apoyo que Occidente brindó a los disidentes fue muy variado. Tanto en lo que se refiere a la orientación política como al tipo de organización que constituyeron los grupos occidentales, estamos frente a un universo pluralista. Dentro de la mayoría de los partidos políticos existían individuos que establecieron algún tipo de contacto con disidentes (¡lo que pudo ser utilizado luego de la Guerra Fría como argumento para demostrar que habían apoyado a los disidentes!).

En *cuarto lugar*, las motivaciones que impulsaron a los distintos grupos e individuos a establecer contactos con disidentes fueron muy diversas. Estas motivaciones pueden ser fácilmente malinterpretadas. Desde la perspectiva actual, puede ser tentador identificar motivaciones comunes entre estos diferentes grupos y personas, tales como, por ejemplo, la promoción del sistema democrático y de los derechos humanos. Sin embargo, esto dista de la realidad. Los disidentes fueron impulsados por motivaciones diversas —a veces superpuestas— tales como: el anti-comunismo, el anti-sovietismo (maoístas), el anti-estalinismo (trotskistas), la lucha por un socialismo “verdadero”, el fomento del sistema democrático y de los derechos humanos, la libertad religiosa y de proselitismo o la instrumentalización política interna.

En *quinto lugar*, el apoyo brindado a los disidentes tuvo múltiples dimensiones. Por ejemplo, la diplomacia silenciosa con los distintos gobiernos; periodistas que se volcaron al activismo; los activistas que se volvieron periodistas; la literatura producida por disidentes o acerca de sus actividades; los peticorios y campañas políticas; las manifestaciones y mítines políticos en Occidente; la asistencia mediante el envío de material prohibido bajo la forma, por ejemplo, de servicios de correo; las reuniones con disidentes en sus propios países; actividades conjuntas de activistas occidentales y disidentes del bloque del Este; la búsqueda de vías de escape; la asistencia moral y práctica a los prisioneros políticos; y la organización de conferencias en el marco de unidades educativas clandestinas...

[...] los intercambios entre los pacifistas y los disidentes dieron vida a un diálogo a nivel de las bases que se volvió un proceso de aprendizaje, ante todo para un número considerable de activistas occidentales (que empezaron gradualmente a ver con mayor claridad el vínculo entre la paz y la libertad).

Tres eventos cruciales contribuyeron a promover una mayor cooperación: la Declaración de Helsinki que alentó a los disidentes en el Este; la crisis política polaca que reveló la vulnerabilidad de los regímenes orientales y estimuló el apoyo de activistas a favor de los disidentes en Occidente; y, finalmente, la segunda Guerra Fría y el surgimiento de un movimiento pacifista de países no alineados que intensificó los contactos entre los activistas y los disidentes.

En *séxtimo lugar* y como era de esperar, Polonia fue el país que mayor asistencia recibió por parte de Occidente. La excepción a la indiferencia generalizada que Occidente manifestó respecto al triste destino de los pueblos del bloque oriental fueron las reacciones que suscitaron las grandes crisis en el Este: Hungría en 1956 o Praga en 1968. Polonia fue el país que más se destacó por los levantamientos contra el régimen comunista que, a veces con cierto éxito, llevó a cabo su población. La crisis de Polonia en 1980-81 tuvo gran preponderancia (posiblemente más que cualquier otro evento aislado) en provocar el interés en Occidente por la oposición a los regímenes en el Este. Sin dudas, esto reflejaba el hecho de que Solidarność fuera la principal fuerza opositora al dominio comunista durante la Guerra Fría. En otros países, la presencia de una comunidad considerable de polacos (constituida por inmigrantes recientes y otros de larga data) tuvo un rol adicional de importancia. Las actividades solidarias para con el pueblo polaco comenzaron a partir de mediados de los años setenta, pero fue realmente Solidarność y, especialmente, la declaración de la ley marcial en diciembre de 1981 lo que condujo a las movilizaciones. Para muchos occidentales, estas movilizaciones se cristalizaron en asistencia humanitaria, pero hubo ciertamente un impulso guiado por un sentimiento de solidaridad hacia Solidarność que atravesó todo el arco político. Esto se manifestó por medio de grandes movilizaciones ciudadanas, el pronunciamiento de numerosas organizaciones e iniciativas personales.

En *séptimo lugar*, desde un punto de vista temporal, es durante la década del ochenta cuando se asistió a una verdadera intensificación de los contactos con los disidentes. Tres eventos cruciales contribuyeron a promover una mayor cooperación: la Declaración de Helsinki que alentó a los disidentes en el Este; la crisis política polaca que reveló la vulnerabilidad de los regímenes orientales y estimuló el apoyo de activistas a favor de los disidentes en Occidente; y, finalmente, la segunda Guerra Fría y el surgimiento de un movimiento pacifista de países no alineados que intensificó los contactos entre los activistas y los disidentes. El llamado “proceso de Helsinki” comenzó con la Declaración de Helsinki firmada en agosto de 1975 por todos los estados europeos –excepto Albania– los Estados Unidos de América y Canadá. El elemento clave de la Declaración fue que todos los signatarios se comprometieron a respetar los derechos humanos y promover la libertad de movimiento de las personas e ideas entre las dos mitades de Europa. Consiguientemente, en el bloque soviético se crearon algunas organizaciones con el propósito de monitorear la implementación de este acuerdo e informar cualquier violación de los derechos humanos en sus países. Esto contribuyó a involucrar a actores no estatales, disidentes y activistas occidentales en el proceso de revisión de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), en el curso del cual los signatarios se encontraron (en Belgrado, Madrid y Viena) para tratar el proceso de puesta en marcha y seguimiento de la Declaración de Helsinki. Todo este proceso se transformó en un factor clave en los intercambios entre Occidente y Oriente durante los años ochenta³.

En *octavo lugar*, la izquierda (definida en términos amplios) cumplió un rol principal tanto en lo que respecta a la asistencia material como a los contactos personales con europeos occidentales. Una posible explicación (¡existen muchas!) para esta sobre-representación está dada por el hecho de que una parte de la izquierda no comunista consideraba esencial actuar en ese momento ya que, debido a su aparente afiliación ideológica con el comunismo del Este, era pertinente mostrar que luchaba por un socialismo de características muy distintas. Los contactos directos con disidentes fueron realizados predominantemente por personas con pensamiento fundamentalmente de izquierda. Esto fue evidente durante los años setenta y aún durante los años ochenta. Aunque la crisis política polaca tuvo una influencia importante en ampliar el apoyo político del Oeste a la oposición dentro del bloque soviético. La mayoría de los comités de solidaridad con Solidarność pertenecían a la izquierda. Entre los grupos que más se involucraron en establecer contactos con el Este durante los años ochenta se encontraban los grupos pacifistas no alineados con tendencias de izquierda. Los servicios de correo también parecen haber sido llevados a cabo predominantemente por personas con ideología de izquierda. Entre los pocos partidos políticos que se involucraron en contactos con disidentes también encontramos a los partidos de izquierda. Ejemplos clave en este sentido fueron los trotskistas, en la extrema izquierda, o *Die Grünen* en Alemania Occidental. La izquierda no tuvo el monopolio, pero sin duda preponderó entre aquellos que desde Occidente pudieron establecer contacto con los disidentes del Este. Sin embargo, hubo diversidad política entre sus defensores. Por ejemplo, la Fundación Educativa Jan Hus que operó en Checoslovaquia, tuvo entre sus conferencistas occidentales a Roger Scruton, con ideas conservadoras, y Jacques Derrida, desde una ideología más cercana a la izquierda⁴.

En *noveno lugar*, se debe hacer hincapié en el rol que cumplieron los disidentes exiliados. Los exiliados orientales tuvieron un rol crucial en Occidente como transmisores del mensaje de los disidentes y, en ocasiones, como organizadores de la asistencia que desde allí se brindó a los disidentes. París suele señalarse como la capital occidental de la actividad disidente del este europeo. Pero también hubieron exiliados del bloque soviético de relevancia y muy activos en otras partes, como, por ejemplo, Roma, Londres, Alemania Occidental, Suecia y Austria.

En *décimo lugar*, el apoyo que se brindó a los disidentes sólo puede comprenderse plenamente cuando se lo ubica en su correcto contexto transnacional. El “transnacionalismo” se ha convertido en un término de moda, objeto de numerosas conferencias y publicaciones. El uso de este concepto es particularmente apropiado para referirse al apoyo que se brindó desde Occidente a los disidentes orientales. Esto es así no sólo porque involucró a activistas que establecieron contacto con activistas en el Este sino porque actores no estatales en Occidente cooperaron, intercambiaron información, direcciones, ideas, etc. y en ocasiones también coordinaron sus actividades. Algunos ejemplos de cooperación transnacional incluyen el

apoyo de sindicatos occidentales a Solidarność (por ejemplo, a través de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres), las actividades de los trotskistas (por ejemplo, dentro de la Cuarta Internacional), los grupos pacifistas no alineados, los contrabandistas de biblias⁵, los exiliados orientales que vivían en distintos países occidentales y se conocían entre ellos, se encontraban y trabajaban juntos.

En síntesis, los sentimientos solidarios por los disidentes del este europeo se difundieron en Occidente. Sin embargo, el contacto directo y el apoyo activo a los disidentes se limitó a pocas personas, mayoritariamente anónimas, y a pequeños grupos marginales. En su mayoría, estos pertenecían a la izquierda, lo que no puede dejar de mencionarse ya que se corresponde con lo que muchos hubieran esperado. Sin embargo, la característica más sobresaliente es que se trataba de grupos pequeños y marginales. El apoyo a los disidentes no era una actividad normal en aquellos años. Sin embargo, en 1989, estos pequeños grupos estuvieron –por un brevísimo momento– del lado de los ganadores en la historia.

¿Hubo diálogo con los disidentes?

Durante los años de la Guerra Fría hubo intercambios de naturaleza muy diversa entre activistas de ambos lados de la cortina de hierro⁶. No obstante, ningún tipo de asistencia supuso un diálogo profundo y prolongado. A continuación, nos limitaremos a abordar dos debates: uno que fracasó y otro que, en cierta medida, resultó exitoso.

El debate que fracasó fue el que tuvo lugar entre la izquierda occidental y los disidentes. En los años sesenta y setenta (y en alguna medida después), muchos disidentes se orientaron hacia la izquierda europea occidental. En los años sesenta, dos importantes disidentes, Adam Michnik y Petr Uhl, visitaron Europa Occidental y se pusieron en contacto con la izquierda –para ser más precisos, con los trotskistas⁷. En los años setenta hubo algunos pedidos de ayuda por parte de disidentes a organizaciones de izquierda occidentales. ¿Por qué se volcaron a la izquierda? Al menos por dos razones: afinidad ideológica y táctica.

En lo que respecta a la afinidad ideológica está claro que, durante los primeros años, muchos disidentes tenían inclinaciones izquierdistas. Se estima que, aún en 1977, aproximadamente la mitad de los signatarios de Carta 77 provenían de una línea independiente de Moscú. Cuestiones relativas a la táctica también desempeñaron un papel importante. En principio, Moscú tendría mayor disposición a mantener un vínculo con los partidos de izquierda (con obvia exclusión de los trotskistas y otros partidos de extrema izquierda) antes que con partidos de derecha y anti-comunistas. Este llamado público a la izquierda estaba dirigido a los partidos eurocomunistas y a los partidos socialdemócratas.

En lo que respecta a los comunistas occidentales, había dos destinatarios principales, es decir, los más grandes partidos comunistas de Occidente: el Partido Comunista Francés (PCF) y el Partido Comunista Italiano (PCI). A mediados de los años setenta, ambos se reconocían como euro-comunistas. Entonces, el PCF había manifestado interés por los disidentes del bloque soviético. No obstante, el partido pronto retornó a una postura ortodoxa de fuerte alineamiento con Moscú, por lo que ya no se mostró abierto al contacto con disidentes. Así es como, en realidad, nunca hubo diálogo entre el PCF y los disidentes. Un número considerable de disidentes o, más bien, de comunistas reformistas habían centrado su atención en el PCI, que era, en rigor, el partido más genuinamente “eurocomunista”. El PCI tenía una larga y fuerte tradición por el debate intelectual y por haberse distanciado de Moscú. Más aún, era un partido que había servido de inspiración para los reformistas del Partido Comunista de Checoslovaquia, que luego se convertirían en disidentes. La solicitud que Alexander Dubček⁸ le hizo a Jiří Pelikán⁹ de que fuera a Roma en 1969 estuvo motivada, en gran medida, por el vínculo con el PCI (Pelikán debía actuar como embajador de los comunistas checoslo-

vacos reformistas ante el PCI). Sin embargo, el PCI mantuvo la cautela en su vínculo con los disidentes, sin abandonar la esperanza de que el renovado empeño por la reforma se desarrollase en el interior del sistema oriental. Esto decepcionó a los disidentes, lo que quedó claramente marcado en la trayectoria personal de Pelikán. En un principio, Pelikán buscó un vínculo de privilegio con el PCI; incluso, en 1976 solicitó afiliarse al partido, pero fue ignorado por sus líderes. Algunos miembros del PCI mantuvieron contacto con Pelikán (como también con otros disidentes del bloque soviético), pero no hubo un vínculo oficial entre ellos. Esto dio lugar a que Pelikán buscara apoyo en otra parte, más precisamente, en el Partido Socialista Italiano. Así, se puede afirmar que, en general, los pedidos de ayuda de los disidentes nunca encontraron respuesta entre los partidos comunistas de Europa occidental, aunque, en algunas ocasiones, el PCI y el PCF hayan intentado presentarse como los “mejores amigos” de los disidentes del Este.

¿Qué sucedió entonces con los socialistas?¹⁰ La cuestión del vínculo con los disidentes del este europeo durante la Guerra Fría nunca fue fácil para los socialdemócratas en Occidente. Los socialistas naturalmente mantuvieron un interés por los disidentes, pero también se manifestaron abiertamente a favor de una política de distensión, que se expresaba con claridad a través de la *Ostpolitik* de Willy Brandt. Así es como los socialistas debieron enfrentarse con el siguiente dilema: ¿cómo demostrar su solidaridad hacia los oprimidos en el Este a la vez que impulsaban una política de distensión? Algunos observadores han puesto en evidencia esta renuencia de los socialdemócratas, y algunos adversarios políticos han llegado a acusarlos de haber desarrollado el papel de una “quinta columna” a favor del bloque soviético. Por otro lado, se ha sostenido –en particular en el caso del Partido Socialdemócrata de Alemania Federal (PSD)– que sería más apropiado hablar de una estrategia dual: los líderes políticos se focalizaban en los regímenes comunistas mientras que a nivel de las bases el partido se ocupó de mantener contacto con los disidentes. Yo sostendría que en lo que respecta al vínculo entre los socialdemócratas y los disidentes, se podrían identificar, cuanto menos, tres paradojas.

La primera paradoja podría considerarse banal pero, sin embargo, debe ser mencionada. Los socialistas de Europa Occidental, cuya historia e ideales habían estado íntimamente asociados con la democratización de las sociedades europeas (y que por mucho tiempo fueron el modelo que los disidentes utilizaron al referirse a Occidente) hicieron, en la mayoría de los casos, muy poco por ayudar a los opositores orientales. En el seno de muchos partidos es posible identificar personas que se dirigieron al Este para encontrarse con disidentes, pero muy a menudo lo hicieron con carácter personal más que como representantes oficiales de su partido. Así y todo se trató sólo de una pequeña minoría. Incluso Egon Bahr, el principal arquitecto de la *Ostpolitik*, admitió que los socialdemócratas no tomaron seriamente la cuestión de los disidentes y que subestimaron el aspecto simbólico del apoyo y la importancia de mostrarse de su lado.

En segundo lugar, se encuentra la “paradoja del PSD”. Este partido político, que más que cualquier otro ha sido blanco de acusaciones que señalan su abandono a los disidentes, parece haber sido el que tuvo el mayor contacto con ellos, al menos desde 1985. Es posible sostener que esos contactos se realizaron tarde y que fueron muy discretos en comparación con la importancia que se le dio al intercambio oficial con los regímenes comunistas. No obstante, no contamos aún con evidencia clara que demuestre que otros partidos socialistas –el PSF y el PSI, por ejemplo– hayan mantenido un contacto personal más estrecho con los disidentes durante este período. Se podría también señalar que el PSD pareciera haber sido el único partido occidental que inició un examen crítico de su pasado y haber admitido los errores cometidos.

En tercer lugar, se puede señalar la “paradoja Craxi”. Como primer ministro italiano entre 1983 y 1987, Bettino Craxi presidió lo que se ha dado en llamar el “divorcio radical”¹¹ entre la política y la moral en Italia. Sin embargo, en lo que respecta a los países del

Gracias a la labor de los disidentes hubo una alternativa: existieron élites opositoras que estuvieron preparadas para tomar el mando cuando cayeron los regímenes (cualquiera haya sido la causa de su caída).

bloque soviético, adoptó lo que podría considerarse una posición moral. Entre los socialistas occidentales, y de un modo más general, entre los líderes de Occidente, Craxi estuvo sin duda entre los que de manera más manifiesta expresaron su apoyo a los disidentes. Tanto Havel como Walesa le manifestaron su gratitud por ello. Sin duda alguna, su política estuvo influenciada fuertemente por consideraciones políticas internas, así como sucedió en Francia con la “izquierda antitotalitaria”. Sin embargo, la solidaridad que manifestó hacia los disidentes también pareciera tener origen en una firme convicción personal que mantuvo a lo largo de los años y que se fortaleció mediante la amistad con algunas personas.

En fin, es difícil llegar a una conclusión inequívoca acerca del vínculo entre los socialistas y los disidentes. Las posturas de los socialistas fueron muy diversas. Algunos socialistas prominentes apoyaron muy activamente a los disidentes, pero la posición dominante fue darle prioridad a la política de distensión en las esferas más altas, por encima de los contactos personales. Desde una perspectiva realista, los socialistas compartieron con la mayoría de los gobiernos occidentales cierto desdén por los disidentes, ya que estos no detentaban poder y la posibilidad de que pudieran acceder a él en un futuro inmediato era muy remota. Lo que resulta poderosamente llamativo es la ausencia de diálogo real y significativo entre la izquierda “oficial” occidental y los disidentes de Europa Oriental.

Sin embargo, el diálogo que sí se desarrolló en los años ochenta fue el que mantuvieron los activistas pacifistas occidentales con los disidentes del bloque soviético. El movimiento pacifista a principios de los años ochenta fue de considerable importancia. No obstante, los gobiernos occidentales hicieron caso omiso de este movimiento por considerar que, al oponerse al rearme de Occidente y no considerar seriamente la amenaza que encarnaba el bloque soviético, estaban haciendo el juego a la Unión Soviética. Uno de los golpes más fuertes que recibió el movimiento pacifista fue asestado por el presidente de Francia, François Mitterrand, en 1983, cuando afirmó que mientras Occidente tenía pacifistas Oriente tenía misiles. No obstante, una parte significativa de este movimiento se autodefinió como no alineado y protestó contra las armas nucleares tanto en el Este como en el Oeste. El documento fundacional fue la Campaña por el Desarme Nuclear en Europa (CDN) que se firmó en abril de 1980. Esta campaña abogaba por el desarme nuclear pero por un diálogo entre activistas de ambas regiones sugiriendo que todos se comportaran como si la Cortina de Hierro no existiese. La reacción inicial de los disidentes al CDN fue negativa. Por un tiempo considerable se mantuvo un velo de escepticismo hacia un movimiento más interesado en la paz que en la libertad. Este escepticismo fue claramente expresado por Vaclav Havel en su ensayo “Anatomía de una reticencia”. Sin embargo, los intercambios entre los pacifistas y los disidentes dieron vida a un diálogo a nivel de las bases que se volvió un proceso de aprendizaje, ante todo para un número considerable de activistas occidentales (que empezaron gradualmente a ver con mayor claridad el vínculo entre la paz y la libertad)¹².

Mientras que algunas actividades en apoyo de los disidentes tuvieron una dimensión práctica, una preocupación central para los grupos pacifistas era establecer un diálogo a través del intercambio de cartas, declaraciones, artículos y discusiones personales. El Plan CDN fue un intento por desarrollar el diálogo en Occidente a través de invitaciones frecuentes a disidentes a participar en estos encuentros. Sin embargo, por lo general, a los disidentes no se les permitía

participar de ellos. Por lo tanto, fueron los activistas occidentales quienes se dirigieron al Este en la búsqueda del encuentro con los disidentes. A veces, estos encuentros resultaron en un proceso de cooperación real y de carácter público, como ser la elaboración de ciertas declaraciones públicas conjuntas o la organización de sucesivos eventos o reuniones. El diálogo fue de naturaleza bastante discreta, aunque a veces se hizo público mediante la publicación de documentos publicados por ambas partes o de manera conjunta. Entre los actores occidentales fundamentales que participaron de esos intercambios, podemos nombrar a los siguientes: IKV Pax Christi en Holanda, END en el Reino Unido, *Die Grünen* en Alemania Federal y el Comité por la Desnuclearización de Europa (CODENE) en Francia. Del lado oriental podemos nombrar a *Carta 77*, que fue un participante muy importante, además de otros disidentes provenientes de Hungría, Polonia y la República Democrática Alemana.

En 1986, luego de un largo debate a través de la Cortina de Hierro, viajes de ida y vuelta de los activistas occidentales con borradores revisados una y otra vez, se acordó un texto suscrito de manera conjunta con el título *Giving Real Life to the Helsinki Accords: A Memorandum to Citizens, Groups and Governments of all CSCE Countries*. Este texto fue presentado en noviembre de 1986 al comienzo de la tercera Conferencia de la CSCE, que tuvo lugar en Viena y que abogaba en favor de la intensificación del cumplimiento de los Acuerdos de Helsinki tanto desde “arriba” como desde “abajo”. A medida que se intensificaron los contactos, se alcanzó un acuerdo fundamental en lo que respecta a la perspectiva de los disidentes de que la paz era indivisible, es decir, que no sería posible una paz verdadera entre Este y Oeste si no se consolidaba la paz al interior de cada uno de estos países. En pocas palabras, esto se tradujo en la expresión “no es posible la paz sin libertad”. En junio de 1988, *Carta 77* invitó a los signatarios de este memorando a Praga, lo que resultó en la propuesta de crear una Asamblea de Ciudadanos de Helsinki (ACH), una suerte de Parlamento Europeo de las bases que se fundó formalmente en 1989. El primer encuentro tuvo lugar en octubre de 1990 bajo los auspicios de Vaclav Havel, quien se había convertido en Presidente de la entonces Checoslovaquia.

Conclusión

El apoyo a los disidentes de Europa del Este y el diálogo entre activistas de base de ambos lados de la cortina de hierro –una suerte de esfera pública trans-europea– que resultó de tal apoyo tiene importancia por motivos relacionados con el impacto histórico, la herencia y las lecciones aprendidas.

Impacto: un cuerpo bastante voluminoso de literatura se ha ocupado de la pregunta “¿por qué terminó la Guerra Fría?”. Mientras que algunos han puesto de relieve el rol que jugaron los disidentes, otros, en cambio, sostienen que no tuvieron relevancia en el proceso de caída del comunismo. En al menos un aspecto parece difícil sostener que no tuvieron relevancia. Gracias a la labor de los disidentes hubo una alternativa: existieron élites opositoras que estuvieron preparadas para tomar el mando cuando cayeron los regímenes (cualquiera haya sido la causa de su caída). Si los disidentes fueron relevantes, entonces también lo deben haber sido quienes en Occidente brindaron su apoyo a los disidentes. Una y otra vez, los mismos disidentes

destacaron el rol positivo que cumplieron quienes en el Oeste se solidarizaron con ellos. No solo fueron una fuente importante de apoyo moral, sino también de apoyo práctico, tanto de manera directa (especialmente en el caso de Polonia) como indirecta, ya que el apoyo brindado por Occidente puso presión sobre los regímenes comunistas y presumiblemente también limitó el grado de represión a la que se sometió a los disidentes.

Herencia: la cuestión de la continuidad y discontinuidad después de 1989. Una respuesta a esta cuestión fue provista por el impacto al que se hizo referencia previamente ya que puede sostenerse que el “proceso de curación” se inició antes de 1989. Una señal clara de este proceso fue la Asamblea de los Ciudadanos de Helsinki. Pero aún deben determinarse cuáles son las repercusiones, el legado. Más allá de sus logros, queda bastante claro que la Asamblea no satisfizo las expectativas que un número significativo de sus fundadores habían depositado en ella. Uno podría atreverse a ir un poco más allá y señalar la paradoja entre la intensidad del diálogo que tenía lugar entre Oriente y Occidente antes de 1989 y la falta de diálogo que caracterizó el período posterior¹³. Entre las razones clave de este fenómeno se puede señalar que el factor unificador entre los países de ambos bloques, es decir, las dictaduras soviéticas, ya no existía.

Lecciones: la importancia de las redes transnacionales de base. Los libros de historia y los artículos periodísticos discurren muy a menudo sobre asuntos vinculados a los estados y a los grandes estadistas. No obstante, la sucesión de los intercambios entre activistas de ambos lados de la cortina de hierro durante la Guerra Fría pone de manifiesto la importancia de los actores no estatales en el curso de la historia. Como se mencionó anteriormente, quienes desde Europa Occidental viajaron al Este para brindar apoyo a los disidentes eran en general grupos pequeños que tenían posiciones muy diversas: grupos de extrema izquierda (principalmente trotskistas), exiliados del este europeo, “contrabandistas de biblias”, algunos librepensadores y, después de 1980, los grupos no alineados de pacifistas (si bien se ha excluido la crisis política polaca de este análisis, puede que sea válido en ese caso también). Una característica compartida fue que, en la mayoría de los casos, se trató de individuos y grupos marginales. Pero estos pocos fueron los que estuvieron allí dispuestos a ayudar a los disidentes, cosa que los disidentes ciertamente valoraron en aquel momento.

Todo eso puede servir como recordatorio de que a pesar de que pueda ser tentador subestimar las voces marginadas y disidentes por considerarlas irrisorias e irrelevantes, la desestimación es a veces un error.

Notas

¹ Ver, por ejemplo, Poul Villaume y Odd Arne Westad (eds.), *Perforating the Iron Curtain. European Détente, Transatlantic Relations, and the Cold War, 1965-1985*, Copenhagen, Museum Tusulanum Press, 2010; Sari Autio-Sarasma y Brendam Humphreys (eds.), *Winter Kept Us Warm: Cold War Interactions Reconsidered*, Helsinki, Kikimora Publications, 2010; Friederike

Kind-Kovács y Jessie Labov (eds.), *Samizdat, Tamizdat, and Beyond: Transnational Media During and After Socialism*, New York – Oxford, Berghahn Books, 2012; Alfred A. Reisch, *Hot Books in the Cold War. The CIA-Funded Secret Western Book Distribution Program Behind the Iron Curtain*, Budapest, Central European University Press, 2013; Idesbald Goddeeris (ed.), *Solidarity with Solidarity: Western European Trade Unions and the Polish Crisis, 1980-1982*, Lanham, Lexington Books, 2010.

² Esta sección es una reelaboración de Bent Boel, “Dissidenterne i Øst”, en John T. Lauridsen, Rasmus Mariager, Thorsten Borring Olesen y Poul Villaume (eds.), *Den Kolde Krig og Danmark*, Copenhagen, Gads Forlag, 2011, pp. 188-191.

³ Sarah B. Snyder, *Human Rights Activism and the End of the Cold War: A Transnational History of the Helsinki Network*, New York, Cambridge University Press, 2011.

⁴ Barbara Day, *The Velvet Philosophers*, London, Claridge Press, 1999.

⁵ Bent Boel, “Bible Smuggling and Human Rights in the Cold War”, en Luc van Dongen, Stéphanie Roulin and Giles Scott-Smith (eds.), *Transnational Anti-Communism and the Cold War: Agents, Activities, and Networks*, New York, Palgrave Macmillan, pp. 263-275 (a publicarse en 2014).

⁶ Ver como ejemplo: B. Boel, “French Support for Eastern European Dissidence, 1968-1989: Approaches and Controversies”, en P. Villaume y O. A. Westad (eds.), *op. cit.*, pp. 215-241; B. Boel, “Bible Smuggling and Human Rights in the Cold War”, *cit.*

⁷ B. Boel, “Mai 68, la France et ‘les porteurs de valise’ de la guerre froide”, en *Matériaux pour l’histoire de notre temps*, n. 94, abril-junio de 2009, pp. 66-75.

⁸ Fue uno de los principales intérpretes del socialismo con “rostro humano” que se intentó poner práctica a través de la Primavera de Praga de 1968, la cual Dubček protagonizó como Secretario General del Partido Comunista Checoslovaco.

⁹ Uno de los promotores de la Primavera de Praga de 1968. Se exilió, luego, en Italia, donde fue elegido parlamentario europeo como miembro del partido socialista italiano en 1979.

¹⁰ Los párrafos sobre el rol de los socialdemócratas y socialistas occidentales fueron tomados de Bent Boel, “Transnationalisme social-démocrate et dissidents de l’Est pendant la guerre froide”, en *Vingtième Siècle*, n. 109, enero de 2011, pp. 169-181; Bent Boel, “Western European Social Democrats and Dissidence in the Soviet Bloc During the Cold War”, en Robert Brier (ed.), *Entangled Protest: Transnational Perspectives on the History of Dissent in Eastern Europe and the Soviet Union*, Osnabrück, Fibre Verlag, pp. 153-171.

¹¹ Paul Ginsborg, *Italy and its Discontents 1980-2001*, London, Penguin, 2003, p. 150.

¹² Patrick Burke, “A Transcontinental Movement of Citizens? Strategic Debates in the 1980s Western Peace Movement”, en Gerd-Rainer Horn y Padraic Kenney (eds.), *Transnational Moments of Change: Europe 1945, 1968, 1989*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2004, pp. 189-206.

¹³ Jacques Rupnik, “The Legacies of Dissent. Charter 77, the Helsinki Effect, and the Emergence of a European Public Space”, en F. Kind-Kovács y J. Labov (eds.), *op. cit.*, pp. 316-332.